



ALDEA
LITERARIA

Curso Z

Cero Felicitado

PINA VARRIALE

**ALDEA
LITERARIA**

Curso Z
Cero felicitado
PINA VARRIALE



Editora de la colección: Karina Echevarría

Traductora: Leticia Elvira Lucioni

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Pamela Donnadio

Imagen de tapa: Thinkstock

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Varriale, Pina

Curso z : cero felicitado . - 1a ed. - Boulogne : Cántaro, 2014.

184 p. ; 20x14 cm. - (Aldea literaria)

Traducido por: Lucioni Leticia

ISBN 978-950-753-397-6

1. Narrativa Italiana. 2. Novela. I. leticia, lucioni, trad. II.

Título.

CDD 853

Título original: ZERO E LODE

© Giuseppina Varriale

© 2010 Edizioni Piemme S.p.A. for the Italian edition

Spanish Latin American edition published by arrangement with Eulama

International Literary Agency, Roma, Italy.

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2014

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-397-6

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Curso Z Cero felicitado

PINA VARRIALE



capítulo 1
Satisfacción garantizada

—¡Dije que no! Déjame trabajar en paz.

Luisa, la auxiliar, cierra lentamente la puerta a sus espaldas. Como siempre, eligió el peor momento: la directora Viscardi no está de buen humor.

—¿Qué dijo? ¿Cuándo podrá recibirme?

Luisa refunfuña:

—Y qué sé yo, señora... Es una lunática, cambia de humor cada dos minutos.

—¡Pero yo necesito hablarle, es urgente! —La mujer, una persona delgada con dos enormes ojos azules, se deja caer sobre la silla de plástico gris y, durante un minuto, parece desinflarse—: Es mi última esperanza, ya no sé qué más hacer...

Luisa se rasca la cabeza, justo al lado del rodete que tiene sujeto con un lápiz. Esa mañana estaba apurada y, en toda la casa, no pudo encontrar ni una cinta para recogerse el pelo.

Para la directora es muy importante que el personal esté limpio y prolijo. Repite siempre que, incluso en una pequeña escuela de los suburbios, hay que empeñarse lo más posible y cuidar los detalles.

—Yo espero... ¡no me voy! —insiste la mujer—. Dígaselo nomás a la Viscardi, que de acá no me muevo.

—Señora, haga lo que quiera... Yo ya le dije que hoy no la puede recibir. Vuelva mañana.

—¿Mañana? Pero si ya pedí un permiso para venir acá... Yo trabajo, no tengo tiempo que perder.

—Yo tampoco —suspira la portera—. Imagínese, todavía tengo que limpiar los baños...

Luisa mira su propia imagen reflejada en el vidrio del armario y sonríe satisfecha. El delantal celeste que lleva puesto está recién planchado, la Viscardi no tendrá nada que reprocharle.

Cada mañana la directora inspecciona al personal de la escuela puesto en fila en el corredor. Es más exigente que un general del ejército y no hay vez que no tenga algo que decir: “¡Juan, te falta un botón! ¡Dios mío, Silvia, ese pelo! ¡Con esa melena pareces el eslabón perdido entre el hombre y el mono!”. Silvia es la portera de la escuela, dentro de dos años se jubilará. Ha visto un montón de gente pasar por el colegio “El Jardín de los Cerezos”, tuvo que relacionarse con personas de todo tipo, pero una como la Viscardi no la había visto nunca, parecía de otro planeta. “Directora, es un corte a la última moda... ¡y a mí me gusta!”, respondía todas las veces.

Silvia es más ancha que alta y tiene una espalda que le daría envidia a un luchador de Sumo. Cuando hace falta correr los armarios pesados nunca se echa atrás. Trabaja como una mula y tiene la sonrisa buena de las abuelas. Hasta la Viscardi, que siempre anda protestando, admite que la portera es “especial”, lástima que deja mucho que desear en elegancia...

—¿Y si tratara de hablarle yo?

Ocupada como está: haciendo mentalmente la lista de todas las manías de la directora, Luisa se olvidó de la mujer que espera en el pasillo.

—¡Ni soñando! —exclama—. Esa es capaz de... de... —De repente le faltan las palabras. No es fácil describir a la Viscardi a quien no la

conoce. La directora es una persona particular, empezando por cómo se viste y terminando con sus fijaciones sobre la escuela “perfecta”.

—¡Yo estoy harta, ya basta!

En un instante la mujer se pone de pie y va a golpear con fuerza a la puerta de la dirección.

—¡Hace dos horas que espero! —grita, exasperada—. ¿Me va a dejar entrar o tengo que llamar a la policía?

Se abre la puerta y la Viscardi, sonriente, se adelanta con la mano tendida.

“¿Pero de qué se disfrazó esta mañana?”, piensa la mujer abriendo los ojos de par en par.

La directora, pelo crespo y platinado, pantalones rojos a media pierna y blusa de encaje amarillo, luce un par de zapatos con tacos que parecen zancos. Camina balanceándose pero sin perder la sonrisa, ni siquiera cuando tropieza. Se arregla un poquito el pelo y luego, con voz seductora, dice:

—Adelante, señora. ¿Cómo puedo ayudarla?

No hay nada que hacer, la Visky (así la llaman en la escuela) es imprevisible. Luisa estaba segura de que se habría enfurecido y, en cambio, aquí está: ¡parece un ángel!

—Es culpa de Marco si Andrés no viene a la escuela... ¡y yo ya no sé qué hacer! —La mujer lloriquea y busca un pañuelito en la cartera—. No sé cuál de los dos es más infantil.

La Viscardi tamborilea con los dedos sobre el escritorio, frunce el ceño y se mira los dedos. Acaba de descubrir una ligera capa de polvo sobre la superficie.

—Directora, necesito que me ayude —continúa la mujer—. Si no me hubiera avisado la profesora de Lengua, jamás me hubiera enterado de que mi hijo está faltando desde hace quince días.

—¿Quince días? Mmmh, creo que... espere, déjeme controlar... —La directora hojea rápidamente una agenda de tapas rojas—. Ahí está, como

recordaba —golpetea sobre una página llena de apuntes escritos con tinta verde—. En los últimos dos meses Andrés vino a la escuela solo... ejem... tres veces.

La mujer empalidece, parece que estuviera por desmayarse.

—¡¿Tres veces?! ¡No es posible! Marco me había asegurado que...

Repentinamente empieza a llorar y Luisa, una vez más, elige el momento equivocado para asomarse a la puerta. Por suerte se da cuenta inmediatamente y cierra volando.

La Viscardi resopla y cruza los brazos:

—¿Y? Estoy esperando el resto —refunfuña.

—¿El resto de qué? —tartamudea la mujer secándose los ojos.

—¿Cómo hago para ayudar a Andrés si no me explica bien toda la situación?

La mujer se levanta como un resorte.

—¡¿Y yo qué tendría que decirle?! Es usted quien me tiene que dar una respuesta. ¿Por qué Andrés no quiere venir a la escuela? Yo no lo sé, conmigo no quiere hablar y Marco, mi marido, no me ayuda... Es más, sospecho que... ¡nada, olvídalo!

La Viscardi sigue golpeando los dedos sobre el escritorio, parece concentrada, e, imprevisiblemente, sonríe.

—No se preocupe, Sra. Gigli, nos vamos a ocupar nosotros del problema. Lo único que necesito es que usted me dé carta blanca.

—¿O sea? ¿Qué piensa hacer?

La directora no responde, se pone de pie para dar a entender que el encuentro ha terminado.

—Quédese tranquila, Andrés volverá a la escuela. En toda mi carrera no perdí ni un alumno.

La señora Gigli suspira.

—Andrés es duro de domar, no lo menosprecie. Mi hijo es verdaderamente terco y...